

¹DETIENNE, M. (2007): *Los griegos y nosotros. Antropología comparada de la Grecia antigua*, Madrid, Ed. Akal. 170 pp. [ISBN: 978-84-460-2463-7].

A pesar de pertenecer al conjunto de sociedades de la Antigüedad, en Europa nadie confunde a la antigua Grecia con Mesopotamia, Egipto o la India védica. La tradición historiográfica nos ha enseñado que Grecia es nuestra tierra materna y es tal la familiaridad que sentimos hacia el mundo heleno, que todos reconocemos en la *Odisea* y el Partenón las bases de la autoctonía de Occidente. De forma crítica y con un estilo marcadamente personal, el profesor Detienne, director de estudios en la École des Hautes Études de París, revisa desde el punto de vista de la antropología cómo se ha construido hasta ahora la historia de la antigua Grecia.

Marcel Detienne es todo un referente en el ámbito de la “desacralización” del clasicismo desde que publicara *Les jardins d’Adonis. La mythologie des aromates en Grèce* (Detienne: 1972). El libro fue el resultado de un seminario mantenido a finales de los años sesenta y su discusión a cargo de varios autores (Piccaluga: 1974, Lévêque: 1972) dio lugar a diferentes puntualizaciones. El propio Detienne respondería un poco más tarde en *Dionisos mis a mort* (Detienne: 1977). Desde entonces se ha consolidado como una de las figuras más relevantes en lo que al estudio de los mitos y su exégesis se refiere (Detienne: 1980, 2001). En nuestro país, Bermejo Barrera inició en la Universidad de Santiago de Compostela un camino similar en 1976 defendiendo la tesis doctoral sobre *Mito, parentesco e historia en la antigua Grecia. Análisis de la relación entre los ciclos míticos locales y la historia heládica y micénica*. Desde entonces, ha dirigido varias tesis y publicado diferentes trabajos (Bermejo: 2002) en consonancia con esta rama de la investigación.

Divididos en tribus y cientos de ciudades, los antiguos griegos se han convertido en la actualidad en “nuestros” griegos. Generaciones de helenistas han transmitido la idea de que fueron los primeros que tuvieron “el gusto por lo universal” y que inspiraron el espíritu mismo de “nuestra civilización occidental” (p. 77). Pero, ¿cómo estudiarlos desde otra óptica? En su intento por plantear el problema desde una perspectiva distinta, Detienne propone equipos de trabajo mixtos formados por historiadores y antropólogos. Se trata de analizar la misma

¹ Recensión recibida el 18-2-2008 y aceptada el 27-2-2008

cuestión como harían si se enfrentasen a ella de forma independiente, pero alimentándose mutuamente de nuevos conocimientos y métodos de trabajo. Para el autor, la comparación es la clave para la comprensión del mundo antiguo. Si queremos entender cómo pensaban y de qué manera representaban sus cosmovisiones las gentes de la Atenas de Esquilo y de Eurípides o de la Tebas mitológica de Cadmo y de Edipo, ¿por qué no “observar” las prácticas y las maneras de construir el territorio en Japón, en la Toscana de los Médicis, en el África negra, o en el actual Israel? (p. 102).

La obra está compuesta por seis capítulos. En el primero se desarrolla el origen del comparativismo experimental y en los siguientes se presentan numerosos ejemplos en torno al estudio de la antigua Grecia a través del método comparativo. Éste surgió a mediados del siglo XIX como fruto de una reflexión del lenguaje a partir de la filología del sánscrito y los primeros trabajos sobre los Gathas y el Avesta. En poco tiempo la comparación se erigiría como modelo teórico y pasaría a otros campos, entre ellos el de la mitología. Sería Lévi-Strauss quien propusiese los tres conceptos básicos para el análisis mitológico (pp. 50-51). Primero, la relación entre los términos, pues en sí mismos no poseen un sentido intrínseco; éste surge de la confrontación entre ellos. En segundo lugar, el estudio de la transformación de las diferentes versiones del mito y el último y quizás más importante, el conocimiento del contexto etnográfico de forma “independiente” a la narración. Es decir, no se trataba únicamente de conocer los sistemas ecológicos, los fenómenos astronómicos o los datos geográficos de la época sino saber cuál era su simbolismo, pues es la multiplicidad de los planes de significación lo que compone el grueso del relato mítico.

El modo en que diferentes culturas han fijado y fijan su mitología y la evolución del pensamiento mítico se desarrolla en la parte central de la obra (pp. 55-100). Detienne pone en duda la primitiva configuración de la mitología griega a través de dos curiosos ejemplos tan alejados física como cronológicamente: la construcción de historias en Japón y en Nueva Caledonia. Así, a mediados del siglo VIII d.C. en el archipiélago nipón y tras configurarse el poder central, la casa imperial pidió a instancias del mismo que se pusieran por escrito todos los “hechos del pasado”, desde las historias de los dioses a las de los soberanos (p.57). En Nueva Caledonia, a raíz de la introducción de la escritura por parte de pastores protestantes

en los años treinta del siglo XX, los aborígenes comenzaron a fijar la historia de sus dioses. Esto dio paso a que en los años sesenta, los “mitógrafos” melanesios crearan el “Kanaka”, un personaje mitad mito, mitad ficción que representaba al hombre original, al autóctono. Una respuesta que debe tener una doble lectura, se trataba por una parte de forjar la identidad del pueblo canaca y al mismo tiempo reforzar su postura dentro del movimiento de descolonización (p.58). De esta forma, la primera historiografía relativa a la fijación del mito heleno que lo achacaba a la “racionalidad innata” de los griegos encontraría ahora gracias al método comparativo otras formas de escribir la historia pasada. ¿Qué queda dentro o fuera del escrito? A través del modo en que otras sociedades han usado la escritura, Detienne se plantea qué fijaron los poetas griegos y por qué lo hicieron. Una pregunta importante es cómo recogieron los primeros autores sus historias. Es lo que él llama el uso “político” de la escritura (p.62), que a diferencia del mundo oriental, no está supeditado al control del poder. Conociendo y sabiendo usar el abecedario, cada ciudad griega quiere fijar por escrito las normas que se otorgan a la comunidad, pero al mismo tiempo no excluyen su uso individual. Los astrónomos, los geómetras o los filósofos la utilizarán para recoger las historias que deseen, ya sean ficticias, reales, históricas o personales.

A medida que avanza la obra, el autor continúa profundizando en el análisis histórico a través del lenguaje, incidiendo en la idea de que no solamente tenemos que comprender cada palabra, sino entender lo que significaba en la época en que fue escrita. Así por ejemplo, ¿podemos hablar de Grecia como algo homogéneo?, ¿qué era ser griego?, ¿qué significaba ser autóctono para un colono griego?, ¿ser el bueno, “el verdadero” salido de una tierra cuyos habitantes eran los mismos desde los orígenes? Vemos que todo cambia cuando la voz procede del exterior y designa a la persona originaria de un país poseído por colonizadores: en el siglo XIX los franceses nunca llamaron “autóctonos” a los árabes de Argelia. Todo es interesado y partidista, por eso hay que revisar e interpretar hasta el más mínimo vocablo.

Entre sus críticas, destaca la que hace a la obra de Braudel (p.118) publicada en 1986 y considerada su testamento intelectual: *L'identité de la France*. Detienne se sorprende de no haber leído ningún análisis crítico sobre un libro en el que se defiende una idea de Francia anterior a la concepción de la misma o en el que se llega a hablar de un “neolítico nacional”. Prácticamente se desprende la idea de que

Francia era para los franceses desde el paleolítico. ¿De qué habría que sorprenderse cuando en las elecciones del 2002 el ultraderechista Le Pen obtuvo un respaldo mayor del esperado? El mismo género “Historia de Francia” es revelador de una mitideología: al hablar de una historia de Francia anterior a Francia misma se reconoce la grandeza de un origen mítico. Es una forma de plantear la identidad como si permaneciese única en la continuidad y desde el origen (p.121).

Por último hace un repaso por diferentes lugares en los que se practicaron y se practican distintas formas de “democracia”, desde África al mundo eslavo, entendiendo como tal asambleas reunidas donde se discuten los “asuntos comunes” del grupo (p. 133). Aprovecha esta ocasión para volver a cargar contra el sentido común que defiende el surgimiento de la política en Grecia como algo instantáneo y que considera que: “una historia divinamente lineal nos lleva de la mano desde la Revolución americana, pasando por la Revolución francesa, hasta nuestras sociedades occidentales, tan felizmente convencidas de que su misión es convertir a todos los pueblos del mundo a la verdadera religión de la democracia” (p. 134).

Escrito con una prosa clara y directa y acompañado por una abundante bibliografía, es un libro más que recomendable para todos aquellos que quieran contemplar la Antigüedad no solamente bajo el prisma de la historia sino también desde el punto de vista de la antropología. Con sus comparaciones desde Japón a Israel y desde la Roma de los pontífices a los principados bugis-macasar del mundo indonesio la obra del profesor Detienne es todo un ejemplo de hermenéutica y de cómo hacer antropología *con* los griegos (y no una “antropología histórica” de “nuestros” griegos). Sin embargo, a mi entender subsiste un peligro: el de querer establecer paralelos “directos” entre otras culturas del pasado o la actualidad con la antigua Grecia. No hay que olvidar que cada sociedad, sus estructuras físicas y mentales, son fruto de su tiempo y circunstancias. El método comparativo nos puede ayudar a plantearnos cuestiones y en ciertos casos sí que se podrán establecer paralelos; pero en última instancia es a través de la arqueología y del análisis de las fuentes documentales que podemos acercarnos al pasado con mayor objetividad.

Estimulando al lector con más preguntas que respuestas, su lectura no deja indiferente.

**BIBLIOGRAFÍA:**

- BERMEJO BARRERA, J. C. y DÍEZ PLATAS, F. (2002): *Lecturas del mito griego*, Ed. Akal, Madrid.
- DETIENNE, M. (1972): *Les jardins d'Adonis. La mythologie des aromates en Grèce*, Bibliothèque des Histoires. Paris, Versión española: DETIENNE, M. (1983): *Los jardines de Adonis. La mitología griega de los aromas*, Ed. Akal, Madrid.
- (1977): *Dionisos mis a mort*, Gallimard, Paris, Versión española: DETIENNE, M. (1982): *La muerte de Dionisos*, Ed. Taurus, Madrid.
- (1980): "El mito. Orfeo y miel", en LE GOFF, J. y NORA, P, *Hacer la Historia*, Ed. Laia, Barcelona, 61-79.
- (2001): *Apolo con el cuchillo en la mano: una aproximación experimental al politeísmo griego*, Ed. Akal, Madrid.
- LÉVÊQUE, P. (1972): "Un nouveau décryptage des mythes d'Adonis", *Révue d'Études Anciennes*, 74, 180-185.
- PICCALUGA, G. (1974): "Adonis e i profumi di un certo strutturalismo", *Maia*, 26, 33-51.

Alejandro Quevedo
Universidad de Murcia

aquevedosanchez@gmail.com

GRAELLS, R. (Coord.) (2006-2007): “El valor social i comercial de la vaixella metàl·lica al Mediterrani centre-occidental durant la protohistòria”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 16-17. *Debat*, 259-340.[ISSN: 1131-883-X]. Número de figuras: 65².

La investigación en el campo de la protohistoria lleva ya algún tiempo concediendo especial atención al denominado período orientalizante, quizá con mayor intensidad durante estos últimos años. Sería excesivo entrar aquí a debatir las implicaciones de dicho término, pero si se puede afirmar que su especial configuración ha generado no pocos debates, que han hecho necesario el estudio exhaustivo de los materiales que podrían justificarlo o limitarlo. Esta circunstancia ha beneficiado el estudio de la vajilla metálica protohistórica, que se reviste de especial importancia debido los supuestos que lleva implícita su presencia en los diferentes contextos arqueológicos. Debido a este especial interés, los materiales metálicos han sufrido durante los últimos años una importante revisión cuyos frutos son visibles en trabajos como el que ahora nos ocupa.

Bajo el denominador común de *Debat* se recogen en este número de la *Revista d’Arqueologia de Ponent* siete artículos que pese a su poca extensión tienen el acierto de exponer y renovar los conocimientos actuales sobre el tema. Están firmados por algunos de los investigadores más significativos en este campo, que abordan desde diferentes puntos de vista el tema de la vajilla metálica protohistórica. El estudio se centra en los materiales hallados en el Mediterráneo occidental, concentrándose en las Penínsulas Ibérica e Italiana. La conjunción de ambas procedencias establece así un parangón que permite observar aquellos elementos que son comunes en ambas regiones, así como los propios de la tradición local o aquellos a los que se les supone un origen externo, otorgando al debate un valor añadido. Especialmente interesante es constatar las similitudes existentes en los diversos ambientes a la hora de explicar el valor social de estos materiales, asociado en todos los casos a las aristocracias locales, lo que permite al lector obtener interesantes conclusiones.

Tras una breve introducción realizada por Raimon Graells, el debate se abre con el artículo *Prima del “simposio”: vasi in bronzo e contesto sociale nell’ Etruria*

² Recensión recibida el 25-3-2008 y aceptada el 8-4-2008

meridionale protostorica. Está firmado por Cristiano Iaia, cuyo anterior trabajo sobre la toréutica de la primera Edad del Hierro en la Italia central y septentrional se ha convertido en un obligado referente a la hora de estudiar los materiales metálicos etruscos. En este artículo Iaia estudia los distintos ejemplos de objetos de bronce documentados en las tumbas etruscas y confirma la presencia de elementos procedentes de ámbitos centroeuropeos, griegos, próximo-orientales y locales cuya cuantía y difusión irá variando a lo largo de la Edad del Hierro. Defiende también que la paulatina adopción de los elementos propios del simposio arcaico griego en Etruria es significativa, no tanto como argumento de interacción entre ambas culturas, sino como testimonio del impulso de un proceso social en el que las élites desarrollan nuevas formulas de control, que van ritualizando a través de estos elementos de la vajilla metálica. Acompañan con bastante acierto a este artículo los dibujos de los ajuares de dichas tumbas, que quizá hubieran ayudado más a la comprensión de sus ideas si se hubiera incluido la leyenda explicativa de los mismos y su correspondiente escala, sólo presente en algunos ejemplos.

Tras esta inmersión en la Etruria meridional, el Debat prosigue de la mano de Xosé-Lois Armada Pita, que firma el artículo *Vasos de bronce de momentos precoloniales en la Península Ibérica: algunas reflexiones*. Este trabajo recoge y analiza los escasos ejemplos de vasos de bronce hallados hasta la fecha en la Península Ibérica, incluyendo junto a los más conocidos de Berzocana (Cáceres) y Nossa Senhora da Guida (Baiões), las calderetas con soportes de anteojos de Nora Velha (Beja) y Casa del Carpio (Belvís de la Jara), cuya adhesión a este conjunto había propuesto anteriormente Jiménez Ávila. A partir del estudio de estos materiales el autor elabora planteamientos alternativos que superan la concepción tradicional del término “precolonización”, que deja de ser una etapa de preparación a la colonización para pasar a definir un contexto social, económico y tecnológico, cuyas características facilitarán el posterior proceso colonizador.

Ferdinando Sciacca firma el tercero de los trabajos incluidos en esta monografía, titulado *La circolazione dei doni nell'aristocrazia tirrenica: esempi dall'archeologia*. En él nos presenta el panorama de la Italia tirrénica del s VII a. C., para lo que comienza presentando la estructura de poder, sustentada sobre familias aristocráticas. En este contexto toma importancia el concepto del *don* como fundamento de las relaciones sociales, concepto que fue esencialmente definido por

Mauss. Del estudio de la vajilla metálica el autor deduce patrones de comportamiento cultural que se inician con la inmersión, durante el llamado período orientalizante, de las élites etrusco-itálicas en las redes de comercio mediterráneas que se mantendrán durante los siglos posteriores entre las élites indígenas. Fernando Sciacca completa de forma notable su disertación con un excelente aparato gráfico, en el se incluyen comparaciones iconográficas y diseños del propio autor, que ayudan a una mejor comprensión de las ideas expuestas.

De vuelta a la Península Ibérica, Raimon Graells i Fabregat presenta un artículo que trata sobre los prótomos de caldero de tipo oriental. Solo se conocen dos de estos prótomos en la Península Ibérica: uno en forma de grifo, cuya ubicación se desconoce, y otro en forma de toro, conservado en el Museo Arqueológico de Barcelona. Después de un estudio detallado de estas piezas Graells cierra su intervención exponiendo una serie de interesantes conclusiones, como la que le lleva a pensar en la especial configuración de una aristocracia indígena que podría permitirse adquirir este tipo de vajilla de bronce, que estaría además interesada en hacerlo de cara a la ostentación de un status social superior y que tendría la suficiente entidad como para introducirse en los circuitos comerciales mediterráneos.

Javier Jiménez Ávila firma es siguiente artículo, que examina los procesos económicos e ideológicos asociados a la vajilla de bronce en el Mediterráneo occidental durante la primera Edad de Hierro. Jiménez Ávila defiende que a través del estudio de la vajilla de bronce se pueden inferir los procesos ideológicos, comerciales y sociales, como por ejemplo el proceso de mercantilización sufrido en la Península Ibérica durante los s. VI al IV, cuya adopción genera diversas respuestas en las diferentes áreas peninsulares que siguen además ritmos distintos. Estos cambios estrían inmersos en un proceso de mayor envergadura que tiene lugar en el Mediterráneo durante el primer milenio, cuya adopción provoca un comportamiento similar en otras culturas, como por ejemplo la etrusca.

De vuelta a Italia, Chiara Tarditi firma un trabajo sobre las importaciones griegas en Apulia durante el bronce arcaico. Enfoca su estudio desde la perspectiva del valor funcional de la vajilla metálica. La adopción de este valor viene determinada por la adopción de costumbres de los pueblos mediterráneos, uno de cuyos ejemplos más representativos es el simposio. Como elemento central en el mundo griego, el

simposio es adoptado por las aristocracias indígenas, lo que queda demostrado en el registro arqueológico a través del hallazgo de los elementos de la vajilla necesarios para el mismo en sus ajuares funerarios.

El último de los artículos, firmado por Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez, lleva por título *La vida social de la vajilla etrusca en el este de la Península Ibérica. Notas para un debate*. El autor comienza haciendo una breve exposición de la vajilla de bronce etrusca y su inclusión en los circuitos comerciales mediterráneos. El que estos objetos etruscos aparezcan asociados a objetos metálicos de producción local hace suponer a Vives-Ferrándiz que la vajilla metálica se reviste de valor social con independencia de su procedencia, como parece indicar su deposición en contextos funerarios donde se infiere su uso en banquetes funerarios. Por otra parte su hallazgo también en contextos domésticos podría asociarse a prácticas de consumo que no necesariamente tendrían por qué estar en relación con el manido banquete, pero que seguirían constituyendo un signo de estatus social. Vives-Ferrándiz termina haciendo una interesante reflexión en la que defiende que es precisamente el estudio de este tipo de relaciones, las establecidas entre los individuos y los materiales metálicos, el que debería constituir el eje central de la investigación a la hora de estudiar la vajilla metálica.

En definitiva, la publicación de este debate sobre la vajilla metálica en la protohistoria mediterránea pone a disposición de los especialistas un importante instrumento para el estudio de las relaciones estructurales de las sociedades indígenas. En concreto es especialmente útil para el estudio de sus clases aristocráticas, ya que este tipo de materiales metálicos se entienden como un signo de afirmación social cuya presencia en el registro arqueológico, asociados a distintos contextos, permite la recreación de rituales y prácticas que constituyen la base de su identidad como jerarquía social.

Verónica García Coca

Universidad Complutense de Madrid.

caciaca@gmail.com